

LOS RATONES DE SAN MARCOS

Francesco Luti

(trad. de Luz Ayuso Blázquez)

Giacinto era una persona de bien como tantas que todavía se encuentran, y a pesar de que cada verano usase el mismo truco para llamar la atención a las mujeres, lo hacía de buena fe. Con cuarenta y dos años, cansado de mofarse de las chicas, se quedaba muy tranquilo en un banco de la plaza vestido de cura. Un vestido estival que realizaba su complexión fuerte, un cura, por lo tanto, que escondía quien sabe qué. Pero Giacinto no era sacerdote ni lo había sido nunca. Había hecho de monaguillo alguna vez de pequeño, pero después había roto con el clero. Y el hábito, ya se sabe, no hace al monje.

Como en otras tardes de aquel tórrido agosto florentino del 2002, Giacinto se pasaba algunas horas sentado en un banco de la plaza frente al convento de San Marcos. Inmerso en pensamientos legados a quién sabe dónde, a Giacinto le atrajo el bajo y rápido paso de algunos ratones que se arrojaban de una parte a la otra del octágono de cemento en el centro de la plaza. Asomaban la cabeza por los setos chamuscados como si pidiesen que les diera la salida la estatua de Manfredo Fanti para después lanzarse a la carrera a intervalos con bruscas frenadas. Serían más de un centenar.

Aquel verano, Florencia era una ciudad vacía llena de turistas y de ratones. Sin embargo Giacinto no habría querido estar en ninguna otra parte que no fuera la ciudad donde de pequeño se había mudado del campo, ni en otro cuerpo que no fuera el suyo, robusto, que se ocultaba bajo el vestido gris de sacerdote.

Sin pronunciar una palabra, Giacinto asistía a aquel tejer el aire de los ratones florentinos: su mano sostenía un periódico que con los curas tenía poco que ver y que había cogido en la oficina donde trabajaba como portero. Por las tardes se lo llevaba para señalar los errores de los periodistas, las erratas, su manía estival.

A pesar de tenerlo arrugado se podían leer algunos titulares: “Ajuste de cuentas en la Plaza S.M. Novella: muere un albanés. El alcalde dice basta.”; “Mancini pide refuerzos”; “Dónde van de vacaciones nuestros políticos: de los asesores a los senadores”, y también otros artículos menos importantes.

La tarde se descoloraba y los ratones eran la única realidad tangible de aquel agosto. No palabras que son aire y van al aire, sino algo real. Giacinto lograba incluso imaginárselos en sus madrigueras organizando meticulosas salidas al curioso mundo construido por los hombres a su imagen y semejanza.

Ellos, los ratones, que contaban con antepasados que databan de antes de Savonarola, eran sin duda los verdaderos divulgadores del mal, los que durante generaciones habían vivido en paz tanto en aquella como en otras plazas florentinas.

Aquella tarde el viento estaba ausente, quizá se había quedado en las montañas al fresco, y toda la ciudad estaba envuelta como por una capa. No había olores, ni siquiera los de los meados que durante decenios han unido las respiraciones de nativos y turistas. Todo esto hizo recordar a Giacinto que en los años noventa algún diligente y genial gobernante tuvo la ocurrencia de colocar en la plaza, donde Angélico vivía y pintaba, un urinario estilo contenedor de plástico y acero, como para querer justificar el hedor. Concretamente, dicho instrumento se convertía en sede de los drogadictos que se agujereaban las venas de los brazos, bien seguros en la cabina espacial.

A pesar de todo en el 2002 no había quedado huella ni del urinario, ni del hedor, más bien solo la de los perversos tipos que probablemente organizaban en paz su noche de trapicheo y de estupro por las calles de una Florencia indefensa y castrada por su violencia. Ladrones que le partían el cráneo a los pensionistas en sus casas, ratones, esta vez humanos, de apartamento.

A esas alturas Giacinto ya no les temía, como no se temen las cosas a las que estamos acostumbrados y resignados a ver pasar bajo nuestros ojos. Defraudado como tantos otros ciudadanos por los que deberían limpiar esta ciudad, pero lo hacen sólo de palabra, y las palabras, decía un sevillano romántico, son aire y van al aire. Para una persona de bien como Giacinto no había sido fácil habituarse. Se habituó en cambio con más gusto a los paseos vespertinos y nocturnos de los ratones que trazaban senderos unidos por quien sabe qué concordancia específica, inimaginable para el ojo humano.

Como cada tarde enjambres, rebaños, manadas o parejas de turistas atravesaban la plaza y Giacinto, presente en el banco, los miraba durante un rato. Pasaban también puntualmente dos guardias de ronda –hombre y mujer- para las multas nocturnas, esas que sirven para hacer cuadrar los balances y para no construir aparcamientos; así fue como Giacinto volvió a encender el motor de sus pensamientos para constatar que ahora en la ciudad había más guardias que ratones. Guardias y ratones en un porcentaje elevado. No aumentemos la dosis. El ayuntamiento, de hecho, había cerrado las puertas al mundo laboral a muchos jóvenes y no tan jóvenes toscanos, y no tan toscanos. Te llaman porvenir porque no llegas nunca. Un futuro merecido después de una licenciatura –alguno también con el reconocimiento académico. Alzados como estatuas en las esquinas de las calles mediceas, desafiando cualquier situación atmosférica, podían respirar el movimiento de la ciudad; coger sus matices, sus olores y todo esto con un salario seguro a fin de mes. Giacinto echó el freno de mano a los pensamientos en el instante en que los uniformes oscuros cortados por la banda fosforescente en la parte posterior desaparecieron por la esquina de la via Cavour, como aspirados por un poder-deber más grande que ellos.

¿Eran el bien o el mal aquellos ratones? –se preguntó. En el fondo aquellos animales, en su milenaria función natural, contenían, además de microbios, también algo beneficioso y duradero: la tradición. Decididos a realizar sus intentos sin siquiera tener en consideración a aquel hombre que les estaba observando mientras Florencia anaranjaba por doquier el cielo.

La iglesia y sus ratones. La ciudad con sus calles, sus guardias, Robin Hood de un bosque de cemento y ladrillos. Los ciudadanos inexistentes estaban en otra parte: quizá con la brisa marina espoleando como una caricia o en una pineda con una camiseta blanca comiendo sandía y escupiendo las semillas para gloria de moscas y mosquitos, o en las playas, radas, puertos del Mediterráneo. Nací en el Mediterráneo, cantaba con orgullo el catalán Serrat.

Ahora estos muros y esta plaza daban a Giacinto un motivo más para amar su ciudad. Si quien la había gobernado se hubiera dado cuenta de que durante siglos se habían alojado aquí, habría pensado inmediatamente hacerles pagar un impuesto por ocupación del suelo público o una multa por mora secular.

Si quien la había gobernado se hubiera dado cuenta de su patear (con las anteriores más cortas)habría empleado gatos con contrato de formación para ayudar a los guardias, algo así como los perros policías para multar a los ratones que emulan a su semejante mejicano, Speedy González, por la excesiva velocidad, o bien para arrestarlos por actos obscenos en la vía pública durante sus pausas de amor. Auténticos procesos se

habrían montado por una nimiedad, tal vez con la sentencia formulada sobre la mesa del Palazzo Vecchio, donde fue decidido el fin de otro barrendero, Savonarola, también él uno de esos que han acabado con el ratón.

Procesados como quien es culpable de recoger durante años la basura de los hombres, de haber roído en los cubos donde en el fondo escondían su verdadera vida cotidiana que arrojaban por la noche a una bolsa como la piel mudada. No el perfume sino la suciedad, el mal; no nuestro perfume cuando salimos del café satisfechos de pertenecer a la especie, doblando la esquina. Nosotros que permitimos todavía la violencia de las cosas, y bajamos la mirada, nosotros que nos quedamos inmóviles al borde del camino y congelamos el júbilo durmiéndonos sin sueño, nosotros que nos pensamos sin sangre. Pero nosotros, en comparación, ¿qué somos, nosotros, sin raíces y sin esperanza – sin aliento de regeneración?

Ahora Giacinto era arrollado por sus pensamientos y buscaba en sí mismo una música que lo pudiera ayudar, no una conocida, más bien una de aquellas que se nos quedan en la cabeza durante un rato antes de irse como la mariposa se va de las ramas. Una mínima columna sonora para conservar mejor todo lo que había visto aquella tarde. El banco ahora parecía ser una barca, los ratones peces, los arbustos una ciénaga con ninfas a lo Monet. Los muros de la plaza, los ocho árboles tan idénticos y verdes, ahora estaban cada vez más quietos, como la palmera que una vez lo dejó con la boca abierta mientras observaba un cuadro de Carl Morgenstern. No se la había quitado de la cabeza, aquella grácil palmera.

Con los ojos cerrados, su boca esbozaba una sonrisa porque la música le había llegado puntual como una idea: *Firenze stanotte sei bella in un manto di stelle...* . En aquel instante se le sentó al lado una chica sobre los veinticinco que, sonriéndole, le preguntó si era franciscano. Giacinto le dijo ser un misionero de permiso estival en la propia ciudad.

Comenzaron una buena conversación sobre muchas cosas. Ella era española, de las islas Canarias, su nombre era Maribel. A causa de aquel encuentro inesperado Giacinto se olvidó de los ratones, que quien sabe qué senderos recorrieron aquella noche. No se olvidó, sin embargo, de no ser un franciscano ni de no ser siquiera un cura, y aquella circulación hipogea de los roedores era como la de la sangre en sus venas. Maribel era guapa, llevaba el pelo suelto y el suyo era más una hipótesis que un vestido.

En algunas de aquellas tardes había pegado la hebra con mujeres, a menudo jóvenes, turistas en su mayor parte. Pero cuando Maribel comenzó a mover los labios, Giacinto se dio cuenta de que había algo especial en ella.

Pasados unos veinte minutos improvisó una cuarteta para hacerle un cumplido:
*Lanzarote pare caduta dalla luna, / tu no, sembri nata in un giardino / di rose,
come vissuta nuova e nuda / pari luce che brilla da un cerino.**

Se la recitó muy despacio, aunque al final estuvo indeciso porque sentía más propensión por *lampioncino** que por *cerino*, pero en el último momento se decidió por *cerino*. A Maribel se le encendieron las mejillas y Giacinto dio pruebas de su elocuencia.

Cuando Maribel se despidió, el alba vencía a la madrugada y también la pandilla de roedores gamberros se había escabullido para ir a dormir a su madriguera. Giacinto se levantó del banco recordando las palabras de Maribel; la canción de Carlo Buti resonaba en su cabeza de fondo y luego estaba el miedo, el miedo a ser agredido de camino a casa.

*Lanzarote parece caída de la luna, / tu no, pareces nacida en un jardín / de rosas, como
vvida nueva y desnuda / pareces luz que brilla de una cerilla.

*Farolillo